

LA MOCHILA.COM

JOAQUÍN MARTÍNEZ RIQUELME
(Alican.dt.)



MURCIA
2020

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“La mochila.com”

© Joaquín Martínez Riquelme, 2020

© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2020
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.

Fotografías de portada y contraportada:
Joaquín Martínez Riquelme

www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: mayo de 2020

ISBN: 978-84-121932-0-6
Depósito legal: MU 352-2020

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Recuerdos bajo un parral	11
Vuelta a trabajo	43
Cena Íntima	81
Cabo de Gata—Níjar	97
Adiós al Puente de San Isidro	107
Pasarela Alcalá	113
Viaje a Chinchón	121
Traslado a Costa Rica	123
Sorpresa	129
Anoche soñé contigo	137
Parque Nacional, Costa Rica	143
Se acabó lo bueno	165
Incertidumbre	167
Regreso a España	171
Llamada telefónica de mi exnovia	173
Visita inesperada de Sonia	179
Añoranzas y nuevos episodios	181
Retorno al Ministerio	187
Reflexiones en voz alta con Sonia	197
Monje Benedictino	207
Desvelos en la soledad de mi celda	209
Presencia de Lucía	213

A *Fica*, mi esposa

*Lo real puede que sea ficción
y la ficción puede que sea real.*

Anónimo

*Puedes cerrar todas las biblioteca si quieres,
pero no hay barrera, cerradura,
ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi
mente.*

Virginia Woolf

Nota del autor

Cualquier organización, institución, nombres y apellidos de personajes que aparecen en este libro, son pura coincidencia con la realidad.

Recuerdos bajo un parral

Al atardecer de un domingo de primavera, me hallo sentando en una mecedora de mi abuela, que mi madre heredó para añadir al ajuar de su boda. Me encuentro a la entrada de mi casa, bajo un parral trepador del que brotan las primeras hojas. Después de haber disfrutado unas mini-vacaciones en compañía de mis tres mejores amigos, permanezco en este sereno rincón balanceándome, acompasado e ensismado por el ambiente relajante que me reporta la suave brisa del anochecer, mezclada con olores a madreSelva y al de una higuera verdal que mi padre plantó en el margen del azarbe, del cual llega a mis oídos el rumor del agua y el croar de las ranas. Pese a la frondosidad de los vástagos y el entramado formado por la vid, todavía quedan irregulares espacios libres que me permiten atisbar las estrellas y una luna creciente, demacrada y lánguida, que alumbrá con desgana.

A mi lado tengo la mochila imaginaria, en la que he metido todos los recuerdos y acontecimientos que me han sucedido en esta etapa de mi vida, desde que nací hasta que ingresé en un monasterio Benedictino, después de haber ejercido como funcionario en la Administración Central del Estado y otros empleos anteriores en empresas privadas. Además, he introducido en la misma mis defectos, las virtudes, las

denuncias de los comportamientos corruptos que he presenciado, así como los afectos amorosos que mantuve con las tres mujeres que ocuparon la mitad de mi vida. Estos cariños compartidos, durante los días que transcurrieron, me aportaron momentos de placer y algún quebradero de cabeza. A pesar de ello, algunas noches, estas predilecciones estimulaban mi espíritu con sueños plácidos de fábulas voluptuosas.

Sin dejar la mecedora ni el bamboleo, la nave de mi alma atraviesa el espacio de recuerdos y comienzo a sacar de la mochila virtual, las experiencias o episodios acaecidos que refrescan mi memoria, con el propósito de ir narrándolos uno tras otro.

Aún permanece en mi mente las veladas calurosas del verano cuando solía tomar, junto a mis padres y en este mismo lugar, los tradicionales platos que mi madre cocinaba en los que ponía todo su cariño y desvelo. Era costumbre que la sobremesa se alargara y, en ese tiempo de relajación y diálogo hogareño, antes de irnos a la cama, ellos siempre tenían algún cuento, noticia o anécdota que contarme, fuese de un hecho real o inventado. También me relataban casos ocurridos en sus propias familias, a vecinos o en otros pueblos limítrofes, con el pretexto de entretenerme y pasar un rato ameno. Yo escuchaba con atención las leyendas que detallaban y ahora, en este apacible entorno, me regocijo haciendo inventario de lo que era o sucedía en aquellos tiempos.

Soy hijo único y huérfano de padre y madre. En primer lugar debo resaltar que cuando mi madre me trajo al mundo, (precisamente finalizando el día primero de noviembre, festividad de Todos los Santos y empezando el segundo, conmemoración de los Difuntos, del año mil novecientos ochenta y dos) surgió

algo inesperado y de fatal consecuencia. Al acabar el parto, el ginecólogo le detectó a mi madre un tumor en los ovarios y estos hubo que extirpárselos a la mayor brevedad pues, según informó el médico a mi padre, no habría más remedio que actuar con diligencia porque corría el peligro de que contrajera un cáncer de vagina, vista la analítica y la biopsia que le practicaron. Por esa desgracia inesperada, ella me comentaba, cuando tuve uso de razón, que al nacer yo la fuente por donde manaba el agua de la vida quedó seca para siempre. Esa fue la razón por la que no tuve más hermanos.

Mis dos antecesores practicaron los oficios de agricultores y churreros. Ambos se llamaban Patricio, pero en la comarca los conocían por «los Churreros». El nombre de mi madre era Rita, de profesión sus labores y amante del cante popular. Pertenece a un grupo folclórico del barrio y ejercía de solista cantando jotas u otras coplas del repertorio. Le apodaban Rita la *Cantaora*. En cuanto al mío, cuando mi padre fue a darme de alta en el Registro Civil, previo acuerdo con mi madre y después de haber disipado un dilema, me inscribió con el nombre completo de: Patricio de todos los Santos Miralles Casanova, de esta forma mataban varios pájaros de un tiro: llamarme como él y mi abuelo, hacer referencia al día primero de noviembre y obviar el de los difuntos porque las dos posibilidades existían. Solo de pensar en la segunda hipótesis —haberme registrado con el nombre de Patricio de los Difuntos Miralles Casanova— me entran ganas de llorar por los comentarios sarcásticos que se hubieran producido entre el vecindario. Menos mal que en la escuela los amigos me conocían por el mote de el Patri.

Voy a seguir describiendo cómo es mi pueblo, dónde se halla, quiénes son los amigos de mi barrio y compañeros de trabajo, detallando sus nombres y apodos, también a qué nos dedicamos cada uno, dónde vivimos, sin excluir nuestras aficiones, virtudes, defectos, sucesos y otras cosas que vea oportuno aportar.

Mi localidad está situada geográficamente en la sierra Oeste de Madrid y se caracteriza por su entorno rural y paisajístico, propio de esta zona de media montaña, favorecida por llanuras con espesas arboledas de encinas, enebros y fresnos centenarios. Tiene dos puentes románicos de sillería de piedra natural: el del Caño y el de la Fragua, sobre un arroyo que divide al pueblo; la iglesia de la Asunción, del siglo XVI; la ermita de San Vicente y un Bunker de la Guerra Civil española. Los relieves más destacados se encuentran al Oeste y el Norte. En cambio, el Sur es menos accidentado y desciende levemente en dirección al valle del río Perales, cuyo caudal aporta agua suficiente para abastecer a un lavadero público, regar los huertos de sus habitantes y mover las turbinas de dos molinos harineros. En verano, utilizamos las piscinas naturales que se forman para bañarnos.

Saliendo de la plaza mayor, donde se ubica el Ayuntamiento, la oficina de Correos y la iglesia Parroquial, entre otros edificios, bajando hacia el puente de la Fragua se encuentra la calle principal, popularmente conocida por la Avenida del Cementerio. A ambos lados de la calzada hay sendas hileras de naranjos bordes, frente a casas antiguas construidas a base de mampostería, balconadas y ventanas de hierro colado, más otras de estilo moderno. La travesía, debido al paso del tiempo y al tráfico que soporta

de viandantes y vehículos, además de las funciones que ejerce como cañada real y de rambla para encauzar las aguas en los días de lluvia, el asfalto está gastado y resta atractivo al paisaje urbano.

Justo donde termina el pavimento y al pasar el puente, comienza un camino de tierra, con algunos tramos pedregosos que dificultan el tránsito. A mitad de esa vereda, lindando con diseminados case-ríos y un terreno de labranza, se halla la casa rural dónde nací y que heredé de mis padres para uso y disfrute, la cual reformé incluyendo algunas comodidades de las que carecía. La propiedad pertenece al término municipal de Colmenar del Arroyo, al que contribuyo con mis impuestos y donde gozo del cariño de mis vecinos cercanos, algunos familiares y contados amigos.

Teníamos un huerto con variedad de árboles frutales y una parcela de tierra en blanco, que mi padre destinaba para sembrar hortalizas y verdura. Aparte había un corral por el que correteaban las gallinas, varias cabras, dos corderos y un cerdo solitario escarbando por el pozo de la basura o comiendo el pienso que se les proporcionaba. En los extremos del cercado estaban los cobertizos que servían de refugio a sus «inquilinos». El conjunto de animales domésticos, más las cosechas de la huerta, procuraban lo necesario para nuestra supervivencia diaria. La morada no era grande, aunque disponía de las condiciones imprescindibles para vivir dignamente. Además de estos quehaceres agrícolas y ganaderos que mi padre practicaba aún le quedaba tiempo para vender churros los domingos y fiestas de guardar. Esos días enganchaba a la furgoneta un quiosco ambulante y lo instalaba en la plaza Mayor frente al Ayuntamiento. Otras veces, coincidiendo con verbenas o

festejos populares en poblaciones cercanas, desplazaba el negocio hasta allí porque, según su opinión, se tenía que buscar la vida dónde más demanda de churros hubiera.

A pesar de su insistencia para que siguiera la tradición familiar de churrero, el oficio no me gustaba por el hecho de tener que estar metido en una pequeña caravana durante varias horas, oliendo a masa recién hecha y aceite requemado. Era insoportable para mí y no podía aguantarlo. Mi padre lamentaba que cuando él muriera acabaría la profesión que fundó mi abuelo y, en la que tanto empeño puso para que siguiera de generación en generación. Su premonición la rebatía en plan jocoso y contestaba: «Padre: que sean los churros los que desaparezcan y no la *chorra*, ya que esto sería mala señal». Mi ocurrencia le hacía gracia y con una chispa de humor enfatizaba: «Tienes razón, hijo. ¡Que eso no decaiga nunca y el pabellón familiar siga bien alto!».

Aprovechando la fiesta del Primero de Mayo y de la Comunidad de Madrid, el pasado miércoles me vine a mi terruño, lo mismo que suelo hacer otros fines de semana, a descansar, huir de los ajetreos que reporta la gran ciudad y también para perder de vista, al menos en un corto periodo, a los jefes y altos cargos que me llevan agobiado; además de los problemas que surgen a diario con el personal de mi departamento.

En esta coincidencia festiva, he tenido la suerte de juntarme con mis amigos de toda la vida: Benigno, Eustaquio y Remigio; conocidos respectivamente por el Beni, el Taquio y el Remi. Los tres, igual que yo, trabajan en otras poblaciones o ciudades de España y sólo nos vemos cuando se presenta una oportunidad como la de ahora. Este año, la Fiesta del

Trabajo ha caído en miércoles; el jueves ha sido la de la Comunidad de Madrid; el viernes me lo he tomado de asuntos propios y uniendo estos días al sábado y al domingo, las cinco jornadas se han convertido en un descanso prolongado, en el que he disfrutado de placeres gastronómicos, de exóticos cócteles, de bailes y algún que otro ligue. Previo a mi venida, nos pusimos de acuerdo los cuatro para vernos y pasárnoslo lo mejor que pudiéramos, satisfaciendo una de mis aspiraciones pendientes.

En el pueblo hay pocos habitantes debido a que muchos jóvenes emigramos a otras localidades industriales y al extranjero en busca de trabajo. Aquí todos los vecinos conocen al resto de residentes, ya que la mayoría tenemos un apodo o sobrenombre para distinguir a las familias, costumbre antigua pero que tiene su encanto. Además de esta peculiar característica, es un remanso de paz y tranquilidad, que da para sosegar y cargar las pilas. No obstante, en estos días de asueto he descansado poco a consecuencia del programa establecido por el diligente Beni: ha sido demasiado intenso por las copiosas y exquisitas comidas que nos ha preparado, mientras que el Taquío organizó un plan para ir de copas a distintos bares, con la pretensión de conquistar alguna chica si se presentaba la ocasión. Este «personaje» es un fuera de serie y tiene una maestría para preparar francachelas y combinados que no hay quien le supere. Tanto él como el Beni, debo reconocer que es un lujo tenerles por amigos, porque siempre nos sorprenden con alguna fiesta. En este encuentro, el Manu y yo nos hemos limitado a comer, a beber y a pasárnoslo bien, ya que fuimos nosotros quienes las pasadas navidades nos encargamos de la logística y demás faenas.

Se puede decir que los cuatros estamos solteros, porque el Manu, a pesar de seguir casado con su mujer, la Carmen, está en trámites de divorcio. Según le ha dicho su abogado, lo tiene todo o casi todo de su parte para conseguirlo; de modo que no hay reparo en que contemos con él para lo que haga falta. Es más, nos ha participado que, aunque todavía siga viviendo con su familia bajo el mismo techo, se considera libre de ataduras matrimoniales. Para dejarlo claro, se sinceró con la panda y, con un tono de voz apesadumbrado, añadió: «Estoy harto de unos y, de otros y que yo sea siempre el que lleve la peor parte en las tareas domésticas, porque los demás se han vuelto unos comodones y no dan un palo al agua». Añadió a continuación: «Tengo ganas de salir del nido y liberarme del clan, principalmente de la Carmen, y echarme a volar, igual que si fuese un ave solitaria».

Benigno trabaja en Barcelona. Es delegado comercial de una empresa alemana de transportes internacionales, la *Deutsche Trank*. Al parecer, por los signos externos que muestra y por la facilidad con que gasta el dinero, debe estar ganando un buen sueldo: algo que ya quisiéramos tener los otros. Este amigo es buena gente y acumula un don especial para camelar a los que hay a su alrededor y hacer que te rindas a sus pretensiones; aunque no solamente eso: también es ingenioso a la hora de elegir los manjares y un apasionado de la buena mesa. Cualquier plato que le pongas, sea carne, pescado, verduras, dulces o salado, se lo zampa con entusiasmo y una celeridad que contagia al «lucero del alba». Digamos que es un *tragón*. Él es quien se encarga del avituallamiento para los desayunos, comidas y cenas de la peña, aunque también los demás le echamos una mano cuando lo necesita.

Al terminar el bachiller y alcanzar la mayoría de edad, me fui a casa de unos parientes de mis padres, que vivían en Madrid, para matricularme en la Universidad y hacer la carrera de Derecho. Sólo llegué a aprobar algunas asignaturas del primer curso, ya que eran muchas las materias que tenía que estudiar y me costaba centrarme en ello. Así que decidí dejarlo y explorar otros campos en los que pudiera trabajar. Daba igual de lo que fuera y donde fuera. En principio consideré oportuno tomarme un año sabático y probar nuevas iniciativas que pudieran reportarme un oficio digno y seguro en el pueblo o en cualquier otro lugar. En esa experiencia acaecieron una serie de sucesos que me reportaron más quebraderos de cabeza que otra cosa, llegando incluso a estar al límite de una depresión. De nuevo volví a Madrid y me apunté a una academia donde preparaban oposiciones para entrar en la Administración. Después de un tiempo estudiando con afán y entusiasmo, tuve la suerte de aprobar el examen para ocupar una plaza de Administrativo en el *Ministerio de Expansión Comercial y Recalificaciones a Discreción*. Ya con empleo fijo, quise seguir la formación con el fin promocionarme y ocupar un cargo de mayor relevancia. Algo que pude conseguí a base de tenacidad y esfuerzo. Actualmente ostento el puesto de jefe de Servicio de Asuntos Generales.

En el centro de estudios al que acudía para preparar las oposiciones, conocí a una chica que destacaba por su locuacidad y por su acento de foránea. Después me enteré que su nombre era Lucía y procedía de la provincia de Tarragona, concretamente de Reus. En los meses que estuvimos asistiendo a clase, procuraba iniciar alguna conversación con ella sobre temas de la enseñanza o de actualidad, a fin

de entablar una amistad y también porque cuando me encontraba a su lado notaba algo especial en mi interior, que no me ocurría con otras alumnas. Lucía era y es una de esas personas dinámicas, buena comunicativa, de ideas definidas y de cabeza bien amueblada. Aparte de esta cualidad innata, la madre Naturaleza le había dotado de un cuerpo atractivo, distinguiéndose por una sonrisa contagiosa que me tenía atrapado.

Al salir de la academia, casi siempre me inventaba alguna excusa para poder charlar un rato con ella, en la cafetería de la esquina. Unas veces aceptaba mi invitación, otras no, excusándose por haber quedado con una amiga para pasarse unos apuntes u otras cuestiones que no le interesaba desvelar. La verdad es que estaba enamorado de ella en silencio pero mi timidez no me dejaba hablar claro y no encontraba el momento oportuno para decirle sin rodeos: «Lucía, te amo y deseo que seas mi novia». Me costaba tomar esa decisión y lo justificaba con alguna excusa hablando de temas insustanciales. No obstante, cuando estaba a su lado sentía mariposas en el estómago, me entraban unas ganas irreflexivas de besarla y estrecharla entre mis brazos, sin poderlo evitar, mi sangre se removía, surgiendo indicios de *izar la bandera*.

En muchos aspectos, su forma de pensar y sus cualidades, sintonizaban con las mías. Atesoraba unas ideas firmes e inquebrantables que expresaba con total libertad; aceptaba el debate y la opinión de los demás respetando siempre al contrincante, sin acaloramiento ni pasiones gratuitas. Era charlatana pero no cansina; defendía el feminismo con moderación y firmeza y estaba comprometida en la lucha contra las desigualdades sociales. Si se presentaba

el caso, no tenía inconveniente en manifestar sus preferencias ideológicas, sin tapujos ni rodeos. En una ocasión le oí decir textualmente: «Soy palomita suelta y me gusta pensar y volar a mi aire, sin que se tenga en cuenta mis actos privados o sentimentales con aquellas personas con quienes decida estar por decisión propia».

En los encuentros que tuvimos a solas fui conociéndola mejor y comprobé que se trataba de una joven entusiasta, liberal, resolutiva en sus decisiones, amante de la naturaleza y del deporte al aire libre. Con todo, también me di cuenta de algunas imperfecciones: la codicia de hacer carrera administrativa, ascendiendo por la vía rápida; ganar dinero con el mínimo esfuerzo y el coqueteo con los alumnos de la clase, deambulando de un sitio para otro con objeto de captar su atención y hechizarlos con su fácil verborrea y humor contagioso. Su aptitud no la tenía en cuenta porque estaba —y estoy— colado por ella. Espero que alguna vez tenga la oportunidad de desterrar mi discreción y revelarles el amor que guardo en mi corazón convulso. Cuando pretendía manifestarle mis intenciones, unas veces me esquivaba dándome alguna excusa, pero otras, si le convenía, se dejaba cortejar. Conociendo estos altibajos, siempre procuraba que nuestra amistad no decayera saliendo juntos a desayunar con el fin de hablar de nuestras cosas, e incluso, en puntuales ocasiones, le acompañé a casa. Y, mira por donde, coincidencias de la vida, el destino se puso de nuestro lado y los dos aprobamos las oposiciones sacando ambas plazas para trabajar en el mismo departamento.

En la dependencia que nos asignaron, nuestra relación se basaba en temas laborales, amistad compartida entre compañeros y en fomentar el trabajo

en equipo. No obstante, después de originarse tanto roce por la rutina y proximidad cotidiana, con anuencia entre los dos, se producían esporádicos encuentros intrínsecos, en tiempos y lugares insospechados, que nos satisfacía un goce indescriptible. A tal punto de intimidad llegamos que algunas veces me permití invitarla para que viniera a pasar un fin de semana al pueblo o donde ella decidiera. Pero me daba largas sin comprometerse a nada, alegando que tenía cosas que hacer en casa, que había quedado con una amiga o simplemente que no le atraía lo rural. Este último pretexto no me servía, puesto que nunca ha estado en Colmenar del Arroyo y ni siquiera sabe dónde se encuentra. ¡Es una pena!, porque este puente de mayo, de cinco días, habría sido una buena oportunidad para consolidar nuestras afinidades y, al mismo tiempo habría conocido a mis amigos. Por mi parte, creo no haberle defraudado y espero que recapacite sobre las propuestas que le hago y acabemos por realizar alguna escapada juntos. No cejo en mi empeño y lo sigo intentando: hace unos días le volví a plantear que saliéramos a dar una vuelta a tomar unas tapas, pero tampoco le entusiasmó mi idea y se excusó de nuevo. La verdad es que, de un tiempo a esta parte, la encuentro un poco rara y su proceder da qué pensar, pues hay momentos que asoman a mi corazón la duda y los celos, parecidos a los que sufrí cuando me dejó Sonia. Aquella situación me produjo tal melancolía que quedé destrozado y tardé en reponerme. Por eso, ahora no quiero que vuelva a suceder lo mismo con Lucía: a pesar de sus evasivas, sigo queriéndola.

Suponiendo que acepte y, a fin de disipar mis dudas, he pensado organizar una cena romántica y, caso de que se presente la ocasión, decirle que el

próximo puente de San Isidro pienso hacer un viaje al Cabo de Gata-Níjar y me gustaría que viniese conmigo a conocerlo. Creo que ambas cosas pueden interesarle, sabiendo lo que aprecia la buena mesa y los parajes naturales. ¡Ya veremos que tal resulta la estrategia!

A las afueras de Colmenar del Arroyo, mi amigo Benigno tiene una finca de casi diez hectáreas y una casa solariega, conocida por la *Casa del Deán*. La edificación es parecida a un palacete, con capilla incluida para efectuar oficios religiosos. El cortijo, según contó a la peña, se lo compró al hermano de su padre: don Fulgencio Vicente Herrero, siendo este párroco en un pueblo de la provincia de Segovia y antes de ser nombrado canónigo de la Catedral del Cristo Salvador, de Ávila. El importe que pagó por la tierra y el inmueble fue inferior al coste real, ya que el clérigo se encontraba al borde de la ruina y no tuvo otra opción que aceptar las condiciones que le ofreció su sobrino. Con una salvedad especial reseñada en el contrato: el reverendo podría disfrutar la hacienda quince días al año durante el resto de su vida. Este usufructo sería a su conveniencia, bien fuese en verano, en las fiestas del pueblo o cuando sus obligaciones pastorales se lo permitieran. A la imposición de su tío, Benigno no puso objeción alguna. No se explicaba que el eclesiástico llegara a tener una propiedad de tales características, más en consonancia con un empresario que con un cura rural. Tampoco le cuadraba que su tío se quejara con frecuencia diciendo que «los únicos ingresos de que gozaba eran las de un sueldo por debajo del salario mínimo interprofesional, además de los estipendios cobrados por las misas que le encargaban para determinadas intenciones». Estas dudas las pudo

despejar el día que fueron a firmar la escritura a casa del Notario: allí se enteró de que la *Caja de Ahorros de Castilla y León* le había concedido un préstamo, para pagar en treinta años.

Antes de formalizar los requisitos administrativos, nos dijo que le entregó en mano a su tío una cantidad en metálico de cierta importancia, como parte y señal de la compra, con el fin de que le sirviera de holgura económica. En cuanto al resto de la suma acordada en el trato sería destinada, a la amortización del crédito que quedaba pendiente por pagar a la citada entidad de ahorros.

Benigno también nos informó de que don Fulgencio, permaneció atendiendo las parroquias de ocho pedanías rurales en la circunscripción segoviana y, que, al objeto de desplazarse de un sitio a otro, utilizaba una motocicleta marca *Ossa* de 125 cc. Desgraciadamente, un día que transitaba por la carretera con destino a la población de Yanguas de Eresma, en uno de los muchos tramos rectos, que hay en la calzada, la sotana se le enganchó en la cadena de transmisión y, en un abrir y cerrar de ojos, perdió el control de la moto y empezó a dar bandazos, hasta chocar frontalmente con un tractor que transportaba remolacha. Menos mal que el tractorista, al verle venir zigzagueando frenó en seco y el impacto fue menor. De no haberlo hecho, el golpetazo habría sido mortal de necesidad, aclaró nuestro amigo. Siguió relatándonos que a su tío, después de estar de baja profesional más de un año, lo nombraron canónigo en la Catedral abulense para que se ocupara de los asuntos relacionados con la pastoral del clero, en las parroquias diocesanas. Por tales circunstancias y cuando su actividad se lo permitía, venía a descansar a la alquería en fechas señaladas, conforme lo